

PRÁCTICAS POLÍTICAS EN LA HISTORIA DE CHILE.
CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Juan Luis Ossa
Centro de Estudios de Historia Política
Universidad Adolfo Ibáñez

Agradecimientos a Ernesto Rodríguez, al CEP en general y a la audiencia

Este tomo –“Prácticas Políticas”– es parte de la Colección *Historia Política de Chile, 1810-2010*.

En esta presentación quisiera detenerme en cuatro puntos que, creo, resumen bien el espíritu del libro:

1. ¿Qué entendemos por “prácticas políticas”?
2. ¿Cuáles son los grandes temas que recorren el tomo?
3. ¿Cuáles son los principales actores y grupos de poder presentes en el libro?
4. ¿Qué tipo de periodización utilizamos y en qué sentido esta es original en comparación con otros estudios similares?

1.- ¿Qué entendemos por “prácticas políticas”? Por mucho tiempo en el siglo XX, la historia política fue mal mirada o simplemente dejada de lado. Ello por dos razones: en primer lugar, porque se le asimilaba a los grandes relatos decimonónicos cargados de grandes personajes (militares sobre todo) y concentrados preferentemente en las instituciones del Estado. En segundo, porque desde la década de 1930 dicha historia fue, digamos, reemplazada por una forma menos heroica y más estructuralista de estudiar el pasado. Lo importante era concentrarse no tanto en los individuos y en los eventos, como en los grandes procesos y las estructuras. Ya fuera desde el estructuralismo de los Annales franceses o desde el marxismo más ortodoxo, la crítica hacia la historia política arreció a lo largo del mundo occidental.

Las cosas cambiaron a partir de los años setenta, pero sobre todo desde los noventa, cuando los historiadores recuperaron el valor del evento, de la coyuntura, del momento histórico específico a la hora de explicar no sólo el pasado sino también el presente. El caso latinoamericano es paradigmático: el auge y luego caída de las dictaduras sirvieron para recuperar el sentido del acontecimiento y, por tanto, la importancia de la política como eje central del régimen representativo. No por nada, los primeros estudios de esta “nueva” historia política se concentraron

en las formas de participación democrática (como las elecciones) a lo largo de la historia republicana del continente.

Ahora bien, ¿qué son las prácticas políticas y en qué se diferencian, por ejemplo, de una historia política más institucionalista? Por una parte, las prácticas se concentran en las distintas formas de participación y acción políticas para, desde ahí, intentar dar una explicación de por qué individuos de carne y hueso toman opciones y son parte de la toma de decisiones. La política, según esta mirada, se piensa, pero sobre todo se ejecuta. Es la política en la acción; acción que puede ser formal o informal, siguiendo principios ideológicos o cuestiones de índole pragmática. La política es como la vida misma y no hay que esperar relatos monocromáticos de ella; la política es compleja, hay muchos actores asociados a ella, no es monolítica. Por eso, es labor de los historiadores y de los científicos sociales entenderla en toda su complejidad.

Las prácticas, por otro lado, se enfocan sobre todo en los individuos y en sectores sociales específicos, más que en las instituciones del Estado. En caso de enfocarse en este último caso, los historiadores de las prácticas políticas lo hacen enfatizando el rol de los seres humanos en ellas, y no dando por sentado que el Estado es el Estado porque es el Estado. El Estado no es una entelequia, y las prácticas nos ayudan a no olvidarlo. Como dice Hilda Sabato, esta forma de escribir historia política va más allá de los “clásicos estudios sobre líderes y partidos, instituciones estatales y agencias de gobierno” para enfocarse en “cuestiones referidas a las prácticas de participación, a los comicios, a las redes políticas y las clientelas electorales; a la estructura y actividad de las milicias; a las formas de acción y movilización colectivas de la población; a la constitución del movimiento asociativo, entre otras”.

2.- ¿Cuáles son los grandes temas que recoge el tomo? El libro se concentra en lo que los editores consideran son los cuatro problemas historiográficos que resumen la historia de Chile desde la mirada de las prácticas políticas: revolución y guerra; política asociativa; participación social en la política nacional; y el binomio democracia y dictadura. Ellos hacen referencia a dos cuestiones principales. Primero: a que la historia de Chile no ha sido una taza de leche, como muchos historiadores –más interesados en enfatizar el supuesto excepcionalismo chileno que en comprender críticamente– han planteado hasta el cansancio. Por supuesto, la historia de Chile no es tampoco una sucesión tras otra de eventos bélicos o conflictos armados. Sin embargo, no se debe olvidar que, nos guste o no, la violencia política ha sido una práctica política relativamente legítima y que, por tanto, las guerras, las revoluciones, los golpes de Estado y la represión han sido consustanciales a nuestro desarrollo como Estado nación.

Lo interesante, y este es el segundo punto, es que la violencia política ha ido acompañada de otras formas de hacer política, tanto formales como informales, y que dicen mucho del sistema que nos rige en la actualidad. Las prácticas asociativas –partidos políticos, pero también clubes, milicias, gremios, sindicatos, periódicos– dan cuenta de una praxis muy dinámica y que convive mano a mano con otras prácticas menos loables. Es decir, la política pareciera estar en todas partes y no sólo en los canales más reconocidos. Tanto o más importante, por ejemplo, que un partido son los debates en torno a la acción política que durante décadas se han dado en distintos espacios, como los clubes o la prensa escrita.

3.- Esto nos lleva a los actores. Este libro intenta historizarlos en toda su complejidad. Hacendados, militares, comerciantes, políticos, artesanos, trabajadores urbanos y agrícolas, empleados fiscales, líderes sindicales, tienen un pasado concreto que puede reconstruirse históricamente. Las identidades político-sociales no pueden darse por sentadas, como si un hacendado pensara y actuara políticamente como se presume que debe “siempre” pensar y actuar. Las identidades mutan y se complejizan a lo largo de la historia. Lo mismo ocurre con las clases sociales, los grupos asociativos o las instituciones: no basta con apuntar cronológicamente su existencia, sino que se requiere conocer a sus miembros y sus actuaciones —muchas veces contradictorias— en los espacios de deliberación política.

Tomemos algunos ejemplos: conviene diferenciar a los inquilinos de los campesinos, ya que no siempre obedecían al mismo patrón de conducta. Conviene, a su vez, no identificar sin más a los hacendados con los comerciantes y viceversa; o a los oficiales militares con los soldados rasos. De la misma forma, no es realmente provechoso hablar de la existencia de una élite monolítica o de una clase media estática y prístina. Considerar los conflictos intraelitarios ayuda a entender la fisonomía de las guerras civiles chilenas, así como diferenciar entre aquellos con intereses políticos en el campo o en la ciudad puede servir de antídoto ante el muy recurrente argumento de que los afiliados a un partido político actúan homogéneamente por ser parte de un mismo conglomerado.

4.- Finalmente, la periodización. A partir de los capítulos de este tomo, se puede pensar en una cronología sobre el siglo XIX que vaya más allá de la división “independencia/república conservadora/república liberal”. Lo que nos interesa rescatar son problemas más que eventos cronológicos, en especial cuando se trata de prácticas que abarcan distintos grupos sociales y coyunturas políticas. Se puede identificar un primer momento con el proceso de construcción republicana (1810-1833), en el cual se enfrentan diversas opciones con el objeto de llenar el vacío de poder dejado por las abdicaciones de Bayona. Luego, se aprecia un período de

institucionalización del sistema representativo (1833-1880), cuyo principal objetivo fue implementar la separación de los poderes. Esos años no estuvieron exentos de disputas y contratiempos; aun así, podría decirse que no sólo el sistema electoral se extendió, sino que se logró una paulatina diferenciación entre los espacios públicos de deliberación política y los más eminentemente privados, como la religión o el matrimonio civil. Por último, encontramos un ciclo caracterizado por una profunda crisis sociopolítica, que derivaría tanto en un cambio de régimen político como en la denominada “cuestión social” (1880-1925). Nos encontramos aquí con el origen de los movimientos sociales que protagonizarían lo que después se llamaría la “política de masas”.

¿Qué decir del siglo XX? En el libro aparece recurrentemente el concepto de “Estado de compromiso”, una forma de presentar un período (1925-1973) en que el Estado tuvo en efecto un rol preponderante, no sólo económica sino también políticamente (como se aprecia en la discusión que derivaría en la Reforma Agraria). El año 1973 es, a su vez, una suerte de parteaguas que recorre el libro, tanto por la lógica totalizadora del golpe de Estado como por la redefinición política que supuso la dictadura de Pinochet. De ahí en más, la cronología se hace más reconocible para el lector, aunque no por ello deja de ser original. Si bien la política sufrió un duro revés cuando se proscribió a los partidos, otras formas de manifestación aparecieron durante la década de 1980, dando a sostenedores y detractores de la dictadura diversos canales de expresión. Así, por ejemplo, la prensa disidente no sucumbió del todo, razón por la cual el retorno a la democracia en 1989 significó tanto un quiebre como una continuidad con la dictadura. Cronológicamente, pues, el lector no debe esperar un traspaso de poder total y completo de un régimen a otro.

Esta cronología propone una historia problemática y no lineal. Este es un trabajo que se encuentra presente en otras obras similares aparecidas en Latinoamérica, Estados Unidos y Europa. Sin embargo, en el contexto académico chileno es bastante original, pues demuestra que las prácticas políticas cambian en un tiempo y espacio determinados y que, en consecuencia, el país no estaba llamado a asumir inevitablemente el semblante que tiene hoy. De hecho, ahora que vivimos en un momento de constante cuestionamiento de las prácticas políticas “tradicionales”, no estaría de más volver a preguntarse cómo y por qué llegamos donde llegamos.